

¿Controla Dios *todas* las cosas?

R.C. Sproul





14



¿Controla Dios *todas* las cosas?

R.C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL



¿Qué es la providencia?

Un día, mientras miraba un programa de noticias, apareció un comercial sobre una serie de libros acerca de los problemas de la vida en el pasado. Una de las imágenes del comercial mostraba a un soldado confederado de la Guerra Civil acostado en una camilla siendo atendido por una enfermera y un médico de combate. Entonces el narrador me informó que leer este libro me ayudaría a entender cómo era estar enfermo a mediados del siglo XIX. Eso atrajo mi atención, porque muchas personas del siglo XXI están tan fuertemente atadas a este tiempo que rara vez piensan en cómo vivía la gente su vida diaria en las épocas y generaciones pasadas.

Esta es un área en la que me siento desacorde con mis contemporáneos. Yo pienso en la vida de las generaciones previas muy a menudo, porque tengo el hábito de leer libros que fueron escritos por personas que vivieron, en muchos casos, mucho antes del siglo XXI. Me gusta especialmente leer a los autores de los siglos XVI, XVII y XVIII.

En los escritos de estos autores continuamente observo un agudo sentido de la

presencia de Dios. Estos hombres tenían un sentido de una providencia que lo abarcaba todo. Vemos un indicador de este sentido de que todo en la vida está bajo la dirección del gobierno del Dios todopoderoso en el hecho de que una de las primeras ciudades en lo que ahora es Estados Unidos de América fue Providencia, Rhode Island (fundada en 1636). Asimismo, la correspondencia personal de hombres de los siglos pasados, tales como Benjamin Franklin y John Adams, está marcada por la palabra "providencia". La gente hablaba de una "Providencia benévola" o de una "Providencia airada", pero a menudo había un sentido de que Dios estaba directamente involucrado en la vida diaria de las personas.

La situación es inmensamente distinta en nuestro propio tiempo. Mi difunto amigo James Montgomery Boice solía contar una divertida historia que ilustraba adecuadamente la mentalidad actual respecto a Dios y su involucramiento en el mundo. Había un montañista que resbaló en una saliente y estaba a punto de caer en picada cientos de metros a su muerte, pero cuando comenzó a caer, se agarró de una rama de un escuálido arbolito que crecía desde una grieta en la cara del precipicio. Mientras colgaba de la rama, las raíces del escuálido árbol empezaron a soltarse, y el montañista enfrentaba una muerte segura. En ese momento, gritó hacia el cielo: "¿Hay alguien allá arriba que pueda ayudarme?". En respuesta, oyó una profunda voz barítona desde el cielo que decía: "Sí, aquí estoy, y te ayudaré. Suelta la rama y confía en mí". El hombre miró al cielo y luego miró abajo al abismo. Finalmente, alzó la voz otra vez y dijo: "¿Hay alguien más allá arriba que pueda ayudarme?".

Me gusta esa historia porque creo que tipifica la mentalidad cultural de nuestro tiempo. Primero, el montañista pregunta: "¿Hay alguien allá arriba?". La mayoría de las personas del siglo XVIII asumía que *había* Alguien allá arriba. En sus mentes no cabía mucha duda de que un Creador todopoderoso gobernaba los asuntos del universo. Pero nosotros vivimos en un periodo de escepticismo sin precedentes acerca de la existencia misma de Dios. Es cierto que las encuestas regularmente nos dicen que entre el noventa y cinco y noventa y ocho

por ciento de las personas en Estados Unidos creen en algún tipo de dios o poder superior. Yo supongo que eso puede explicarse en parte por el impacto de la tradición; cuesta abandonar las ideas que la gente ha valorado por generaciones, y en nuestra cultura todavía se confiere cierto estigma social al ateísmo desenfrenado. Además, yo creo que no podemos evadir la lógica de asumir que tiene que haber cierta especie de causa fundacional y última para este mundo tal como lo experimentamos. Pero por lo general, cuando presionamos a las personas y comenzamos a hablarles sobre su idea de un "poder superior" o un "ser supremo", resulta ser un concepto que es más un "esto" que un "él", una especie de energía o una fuerza indefinida. Es por eso que el montañista preguntó: "¿Hay *alguien* allá arriba?". En ese momento crítico, reconoció su necesidad de un ser personal que estuviera a cargo del universo.

Hay otro aspecto de la anécdota que me parece significativo. Cuando estaba a punto de caer a su muerte, el montañista no preguntó simplemente "¿hay alguien allá arriba?". Él especificó: "¿Hay alguien allá arriba *que pueda ayudarme*?". Esa es la pregunta del hombre moderno. Quiere saber si hay alguien fuera de la esfera de la vida diaria que sea capaz de asistirlo. Pero yo creo que el montañista estaba haciendo una pregunta aún más fundamental. Él quería saber no solo si había alguien que *pudiera* ayudarlo, sino si había alguien que *quisiera* ayudarlo. Esta es la pregunta primordial en la mente del hombre y la mujer modernos. En otras palabras, ellos no solo quieren saber si existe la providencia, sino si ella es fría e insensible, o bondadosa y compasiva.

Por lo tanto, la pregunta por la providencia que quiero considerar en este breve libro no es meramente si hay alguien ahí, sino si ese alguien puede y quiere hacer cualquier cosa en este mundo en que vivimos.

UN UNIVERSO CERRADO Y MECANICISTA

Entre las ideas que han configurado la cultura de Occidente, una de las más significativas es la idea de un universo cerrado y mecanicista. Esta visión del

mundo ha permanecido durante un par de siglos y ha tenido una enorme influencia en la configuración de la manera en que las personas conciben cómo se vive la vida. Yo creo que en el mundo secular la idea predominante es que vivimos en un universo que está cerrado a cualquier tipo de intrusión desde el exterior, un universo que funciona únicamente por fuerzas y causas mecánicas. En resumen, el tema del hombre moderno es la *causalidad*.

Al parecer existe una creciente protesta contra la influencia negativa de la religión en la cultura estadounidense. Se sostiene que la religión es la fuerza que mantiene a la gente atrapada en la edad oscura de la superstición, que mantiene sus mentes cerradas a cualquier comprensión de las realidades del mundo que la ciencia ha develado. Pareciera que cada vez se considera más a la religión como el polo opuesto de la ciencia y la razón. Es como si la ciencia fuera algo para la mente, para la investigación, y para la inteligencia, mientras que la religión es algo para las emociones y los sentimientos.

No obstante, aún hay tolerancia para la religión. En los medios informativos se suele expresar la idea de que todo el mundo tiene derecho a creer lo que elija creer; lo principal es creer en *algo*. No importa si uno es judío, musulmán, budista, o cristiano.

Cuando escucho comentarios como estos, quisiera decir: “¿Importa la verdad a fin de cuentas?”. La cuestión principal, en mi humilde opinión, es creer en la verdad. No me conformo con creer cualquier cosa simplemente por creer. Si lo que yo creo no es verdad —si es supersticioso o falaz—, quiero ser libre de ello. Pero la mentalidad de nuestro tiempo pareciera ser que, en materia de religión, la verdad es irrelevante. La verdad se aprende de la ciencia. Los buenos sentimientos se adquieren de la religión.

A veces se expresa la idea sumamente simplista de que la superstición religiosa imperaba en el pasado, de manera que se veía a Dios como la causa de todo. Si alguien se enfermaba, la enfermedad se atribuía a Dios. Ahora, por supuesto, nos dicen que las enfermedades se deben a microorganismos que invaden nuestro cuerpo, y esos pequeños organismos operan según su naturaleza,

y hacen aquello para lo cual evolucionaron. Asimismo, mientras que en épocas pasadas la gente creía que un terremoto o una tormenta eran causados por la mano de Dios, hoy se nos asegura que hay razones naturales para estos sucesos. Ellos ocurren a causa de ciertas fuerzas que son parte del orden natural de las cosas.

En el siglo XVIII, se escribió un libro que se volvió el clásico de la teoría económica de Occidente: *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith. En ese libro, Smith trató de aplicar el método científico al campo de la economía en un intento por descubrir qué causa ciertas respuestas y contra-respuestas en el mercado. Smith quería evadir las especulaciones e identificar las causas básicas que producían efectos predecibles. Pero aun cuando estaba aplicando su indagación científica a la complicada red de acciones y reacciones económicas, él habló de la "mano invisible". En otras palabras, Smith estaba diciendo: "Sí, hay causas y efectos sucediendo en el mundo, pero tenemos que reconocer que sobre todo tiene que haber una fuerza causal última, de lo contrario no habría fuerzas causales inferiores. En consecuencia, el universo entero está orquestado por la invisible mano de Dios". En nuestro tiempo, sin embargo, nos hemos enfocado tan atentamente en la actividad inmediata de causa y efecto que hemos ignorado o negado casi por completo la fuerza causal general detrás de todas las cosas en la vida. El hombre moderno básicamente no tiene un concepto de providencia.

EL DIOS QUE VE

La doctrina de la providencia es una de las más fascinantes, importantes y difíciles de la fe cristiana. Aborda preguntas difíciles tales como: "¿De qué manera interactúan el poder y la autoridad causales de Dios con los nuestros? ¿De qué manera se relaciona el gobierno soberano de Dios con nuestras decisiones libres? ¿De qué manera se relaciona el gobierno de Dios con el mal y el sufrimiento en este mundo? Y, ¿la oración tiene alguna influencia sobre las

decisiones providenciales de Dios?”. En otras palabras, ¿cómo debemos vivir nuestra vida a la luz de la invisible mano de Dios?

Comencemos con una definición simple. La palabra “providencia” tiene un prefijo, *pro-*, que significa “ante” o “frente a”. La raíz proviene del verbo latino *videre*, que significa “ver”; de esta palabra también viene el término castellano “video”. Por lo tanto, la palabra “providencia” significa literalmente “ver anticipadamente”. La providencia de Dios se refiere a que él ve algo por anticipado respecto al tiempo.

La providencia no es lo mismo que el conocimiento previo o presciencia de Dios. La presciencia es su capacidad de mirar por los pasajes del tiempo y saber el resultado de una actividad aun antes de que esta comience. No obstante, es apropiado usar la palabra *providencia* para referirse al gobierno activo de Dios sobre el universo, porque él efectivamente es un Dios que ve. Él ve todo lo que sucede en el universo. Todo está totalmente al alcance de su mirada.

Este puede ser uno de los pensamientos más aterradores que un ser humano puede tener: que exista alguien que, como lamentaba Jean-Paul Sartre, es un voyerista cósmico último que mira a través de la cerradura celestial y observa cada acción de cada ser humano. Si hay algo en el carácter de Dios que aleja de él a las personas más que su santidad, es su omnisciencia. Cada uno de nosotros tiene un fuerte deseo de un sentido de privacidad de manera que nadie pueda invadir para husmear en las cosas secretas de nuestra vida.

En el tiempo de la primera transgresión, cuando el pecado entró en el mundo, Adán y Eva experimentaron inmediatamente un sentido de desnudez y vergüenza (Génesis 3:7). Ellos reaccionaron intentando esconderse de Dios (v. 8). Ellos experimentaron la mirada del Dios de la providencia. Al igual que el montañista de mi anécdota anterior, nosotros queremos que Dios nos mire cuando necesitamos ayuda. La mayor parte del tiempo, sin embargo, queremos que él nos pase por alto, porque queremos privacidad.

En una memorable ocasión durante el ministerio de nuestro Señor, los escribas y los fariseos arrastraron a una mujer que habían atrapado en adulterio hasta la

presencia de Jesús. Ellos le recordaron a él que la ley de Dios exigía que ella fuese apedreada, pero querían saber qué haría él. Pero mientras ellos hablaban, él se inclinó y escribió algo en el suelo. Esta es la única ocasión registrado de Jesús escribiendo, y no sabemos qué escribió. Pero se nos dice que él se puso en pie y dijo: "Aquel de ustedes que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra (Juan 8:7). Luego siguió escribiendo en el suelo. Ante eso, los escribas y fariseos comenzaron a retirarse, uno por uno.

Aquí estoy especulando, pero me pregunto si Jesús habrá escrito algunos de los pecados secretos que aquellos hombres mantenían celosamente ocultos. Quizá escribió "adulterio", y uno de los hombres que le era infiel a su esposa se escabulló. Quizá escribió "evasión de impuestos", y uno de los fariseos que había fallado en tributar al César decidió enfilar a casa. Jesús, en su naturaleza divina, tenía la capacidad de ver de manera penetrante detrás de las máscaras que usaba la gente, en los lugares ocultos donde eran más vulnerables. Eso es parte del concepto de providencia divina. Significa que Dios sabe todo sobre nosotros.

Como observé anteriormente, a menudo esta mirada divina nos parece inquietante, pero el concepto de la visión de Dios, de que Dios nos mira, debería reconfortarnos. Jesús dijo: "¿Acaso no se venden dos pajarillos por unas cuantas monedas? Aun así, ni uno de ellos cae a tierra sin que el Padre de ustedes lo permita" (Mateo 10:29). Esa enseñanza inspiró la popular canción "¿Cómo podré estar triste?". ¿Recuerdas la letra? "Si él cuida de las aves, cuidará también de mí"[1]. Yo creo que la autora de esa canción entendió lo que Jesús estaba diciendo: que Dios siempre sabe cuando algún pajarillo cae al suelo. Dios no pasa por alto ni el más mínimo detalle en el universo. Más bien él gobierna el universo con pleno conocimiento de todo lo que está ocurriendo dentro de este.

Sí, este tipo de conocimiento íntimo puede ser aterrador. Pero puesto que sabemos que Dios es benevolente y cuidadoso, su conocimiento cabal es un consuelo. Él sabe lo que necesitamos antes de que se lo pidamos. Y cuando surge nuestra necesidad, él a la vez puede y quiere ayudarnos. Para mí no hay nada más reconfortante que saber que hay un Dios de providencia que no solo está

consciente de cada una de mis transgresiones, sino de cada una de mis lágrimas, cada uno de mis dolores, y cada uno de mis miedos.

1 De la canción “His Eye Is On the Sparrow”, Civilla Martin & Charles Gabriel, 1905. En español: “¿Cómo podré estar triste?”, trad. Vicente Mendoza.



Dios hace que todo suceda

Uno de los conceptos dominantes en la cultura occidental durante los últimos doscientos años, como vimos en los capítulos anteriores, es que vivimos en un universo cerrado y mecanicista. Según la teoría, todo funciona conforme a leyes naturales fijas, y que no hay posibilidad de intrusión desde el exterior. Por lo tanto, el universo es como una máquina que funciona por sus propios mecanismos internos.

Sin embargo, incluso aquellos que introdujeron este concepto ya a comienzos del siglo XVII todavía planteaban la idea de que Dios construyó la máquina en un principio. Como pensadores y científicos inteligentes que eran, no podían deshacerse de la necesidad de un Creador. Ellos reconocían que no habría mundo para que ellos observaran si no hubiese una causa última de todas las cosas. Aun cuando se cuestionaba y desafiaba la idea de un Gobernador involucrado y providencial de los asuntos diarios, todavía se asumía tácitamente que tenía que haber un Creador por encima del orden creado.

En el concepto clásico, la providencia de Dios estaba muy estrechamente

ligada a su rol como creador del universo. Nadie creía que Dios simplemente creó el universo y luego le volvió la espalda y perdió contacto con él, o que él volvió a sentarse en su trono del cielo y meramente observó el universo trabajar por su propio mecanismo interno, rehusando involucrarse personalmente en sus asuntos. La noción cristiana clásica más bien era que Dios es tanto la causa primaria del universo como también la causa primaria de todo lo que acontece en el universo.

Uno de los principios fundacionales de la teología cristiana es que nada en este mundo posee poder causal intrínseco. Nada tiene poder alguno salvo el poder que se le confiere —se le presta, por así decirlo— o se ejecuta a través de ello, que en última instancia es el poder de Dios. Es por eso que los teólogos y filósofos históricamente han hecho una distinción crucial entre causalidad primaria y causalidad secundaria.

Dios es la fuente de la causalidad primaria. En otras palabras, él es la causa primera. Él es el Autor de todo lo que hay, y sigue siendo la causa primaria de los acontecimientos humanos y de los sucesos naturales. Sin embargo, su causalidad primaria no excluye las causas secundarias. Sí, cuando cae la lluvia, el pasto se moja, no porque Dios moje directa e inmediatamente el pasto, sino porque la lluvia aplica humedad al pasto. Pero la lluvia no podría caer si no fuera por el poder causal de Dios que está por encima de cada actividad causal secundaria. El hombre moderno, sin embargo, se apresura a decir: “El pasto está mojado porque llovió”, y no sigue buscando una causa superior y última. La gente del siglo XXI al parecer piensa que podemos arreglárnoslas perfectamente con las causas secundarias sin pensar en la causa primaria.

El concepto básico aquí es que lo que Dios crea, él lo sustenta. Por lo tanto, una de las subdivisiones importantes de la doctrina de la providencia es el concepto de sustento divino. En palabras simples, esta es la clásica idea cristiana de que Dios no es el gran Relojero que fabrica el reloj, le da cuerda, y luego sale de escena. En lugar de eso, él preserva y sostiene aquello que crea.

Esto efectivamente lo vemos al comienzo mismo de la Biblia. Génesis 1:1

dice: “Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra”. La palabra hebrea traducida como “creó” es una forma del verbo *bārā*, que significa “crear”, “hacer”. Esta palabra entraña la idea de sostener. Me gusta ilustrar esta idea aludiendo a la diferencia en música entre una nota en staccato y una nota sostenida. Una nota en staccato es breve y cortante: “La la la la la”. Una nota sostenida se mantiene: “Laaaa”. Asimismo, la palabra *bārā* nos dice que Dios no simplemente trajo el mundo a existencia en un momento. El término indica que él continúa creándolo, por así decirlo. Él lo sostiene, lo cuida, y lo sustenta.

EL AUTOR DEL SER

Uno de los conceptos teológicos de la más profunda importancia es que Dios es el Autor del ser. Nosotros no podríamos existir sin un ser supremo, porque no tenemos el poder de ser por nosotros mismos. Si algún ateo pensara seria y lógicamente acerca del concepto de ser durante cinco minutos, ese sería el fin del ateísmo. Es un hecho ineludible que nadie en este mundo tiene el poder de ser dentro de sí mismo, y no obstante aquí estamos. Por lo tanto, en algún lugar debe haber alguien que sí tiene el poder de ser en sí mismo. Si tal ser no existe, científicamente sería del todo imposible que algo existiera. Si no hay un ser supremo, no podría haber ningún ser de ninguna especie. Si hay algo, debe haber algo que tenga el poder de ser; de lo contrario, nada sería. Es así de simple.

Cuando el apóstol Pablo se dirigió a los filósofos en el Areópago de Atenas, mencionó que había visto muchos altares en la ciudad, incluido uno “al dios no conocido” (Hechos 17:23a). Entonces él usó ese hecho como una entrada para hablarles la verdad bíblica: “Pues al Dios que ustedes adoran sin conocerlo, es el Dios que yo les anuncio. El Dios que hizo el mundo y todo lo que en él hay… da vida y aliento a todos y a todo… porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (vv. 23b-28a). Pablo dijo que todo lo que Dios crea es completamente dependiente del poder de Dios, no solo para su origen sino para la continuidad de su existencia.

A veces me impaciento con algunas de las licencias poéticas que se toman los autores de himnos. Un himno famoso incluye este verso: “¡Maravilloso amor! ¿Cómo puede ser que tú, mi Dios, murieras por mí?”[1]. Es cierto, Dios murió en la cruz, por decirlo de alguna manera. El Dios-hombre, aquel que era Dios encarnado, murió por su pueblo. Pero la naturaleza divina no pereció en el Calvario. ¿Qué le sucedería al universo si Dios muriera? Si Dios dejara de existir, el universo perecería con él, porque Dios no solo lo ha creado todo, sino que lo sustenta todo. Nosotros dependemos de él, no solo para nuestro origen, sino también para nuestra continua existencia. Puesto que no tenemos el poder de ser en nosotros mismos, no duraríamos ni un segundo sin su poder sustentador. Eso es parte de la providencia de Dios.

Esta idea de que Dios sustenta el mundo —el mundo que él hizo y observa en los mínimos detalles— nos lleva al corazón del concepto de providencia, que es la enseñanza de que Dios gobierna su creación. Esta enseñanza tiene muchos aspectos, pero quiero enfocarme en tres de ellos en lo que resta de este capítulo: las verdades de que el gobierno de Dios sobre todas las cosas es permanente, soberano, y absoluto.

UN GOBIERNO PERMANENTE

Cada cierta cantidad de años, tenemos un cambio de gobierno en nuestro país cuando una nueva administración presidencial toma el mando. La Constitución limita el número de años que un presidente puede servir como jefe ejecutivo de la nación. Por lo tanto, según estándares humanos, los gobiernos van y vienen. Cada vez que un presidente entra en ejercicio, los medios informativos hablan del “periodo de luna de miel”, el tiempo cuando se mira al nuevo líder con favor, se lo recibe cálidamente, y todo lo demás. Pero a medida que cada vez más personas se molestan o decepcionan de sus políticas, su popularidad decae. Pronto escuchamos a algunos críticos opinando que necesitamos sacar al “vago” de su cargo. En otros países, tal disconformidad ocasionalmente ha conducido a

la revolución armada, lo que ha acabado en el violento derrocamiento de presidentes o primeros ministros. Sea como fuere, ningún gobernador terrenal retiene el poder para siempre.

Dios, sin embargo, está sentado como el Gobernador supremo del cielo y la tierra. También él debe tolerar a personas desencantadas con su gobierno, que objetan sus políticas, y resisten su autoridad. Pero aunque la existencia misma de Dios puede ser negada, su autoridad puede ser resistida, y sus leyes desobedecidas, su gobierno providencial jamás puede ser derrocado.

El Salmo 2 nos da una vívida imagen del reino seguro de Dios. El salmista escribe: ¿Por qué se sublevan las naciones, y en vano conspiran los pueblos? Los reyes de la tierra se rebelan; los gobernantes se confabulan contra el Señor y contra su ungido. Y dicen: '¡Hagamos pedazos sus cadenas! ¡Librémonos de su yugo!'" (vv. 1-3, NVI). La imagen aquí es la de una cumbre de los poderosos gobernadores de este mundo. Ellos se reúnen para formar una coalición, una especie de eje militar, para planificar el derrocamiento de la autoridad divina. Es como si estuvieran planeando disparar sus misiles nucleares hacia el trono de Dios con el fin de volarlo del cielo. El objetivo de ellos es ser libre de la autoridad divina, arrojar las "cadenas" y el "yugo" con los que Dios los sujeta. Pero la conspiración no solo es contra "el Señor", sino que también es contra "su ungido". Aquí la palabra hebrea es *māšîah*, de donde proviene nuestra palabra castellana "Mesías". Dios el Padre ha exaltado a su Hijo como cabeza de todas las cosas, con el derecho a gobernar a los gobernadores de este mundo. Aquellos que han sido investidos de autoridad terrenal se han reunido en un consejo para planificar cómo liberar al universo de la autoridad de Dios y de su Hijo.

¿Cuál es la reacción de Dios a esta conspiración terrenal? El salmista dice: "El rey de los cielos se ríe; el Señor se burla de ellos" (v. 4). Los reyes de la tierra se ponen en contra de Dios. Se conciertan con pactos y tratados solemnes, y se animan unos a otros a no vacilar sobre su decisión de destronar al Rey del universo. Pero cuando Dios mira todos estos poderes congregados, no tiembla de temor. Él se ríe, pero no con risa de diversión. El salmista describe la risa de

Dios como risa de burla. Es la risa que expresa un poderoso rey cuando menosprecia a sus enemigos.

Pero Dios no meramente se ríe: “En su enojo los reprende, en su furor los intimida y dice: ‘He establecido a mi rey sobre Sión, mi santo monte’” (vv. 5-6, NVI). Dios reprenderá a las naciones rebeldes y afirmará al Rey que ha puesto en Sión.

Con frecuencia me asombra la diferencia entre el acento que encuentro en las páginas de las sagradas Escrituras y el que leo en las páginas de las revistas religiosas y escucho que se predica en los púlpitos de nuestras iglesias. Tenemos una imagen de Dios lleno de benevolencia. Lo vemos como un botones celestial al que podemos llamar cuando necesitamos servicio a la habitación, o como un Santa Claus cósmico que está presto a derramar regalos sobre nosotros. Él se complace en hacer cualquier cosa que le pidamos. Mientras tanto, él nos ruega amablemente que cambiemos nuestros caminos y vengamos a su Hijo, Jesús. Generalmente no escuchamos acerca de un Dios que ordena obediencia, que reafirma su autoridad sobre el universo e insiste en que nos inclinemos ante su Mesías ungido. No obstante, en la Escritura nunca vemos a Dios invitando a las personas a venir a Jesús. Él nos ordena que nos arrepintamos, y nos inculpa de traición a un nivel cósmico si decidimos no hacerlo. Una negativa a someterse a la autoridad de Cristo probablemente a nadie le causará problemas con la iglesia o el gobierno, pero ciertamente causará un problema con Dios.

En el Discurso del Aposento Alto (Juan 13-17), Jesús les dijo a sus discípulos que él se iba, pero prometió enviarles otro Consolador (14:16), el Espíritu Santo. Él dijo: “Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (16:8). Cuando Jesús habló acerca de la venida del Espíritu Santo para convencer al mundo de pecado, él fue muy específico respecto al pecado en el que estaba pensando. Era el pecado de incredulidad. Él dijo que el Espíritu convencería “de pecado, por cuanto no creen en mí” (v. 9). Desde la perspectiva de Dios, la negativa a someterse al señorío de Cristo no simplemente se debe a una falta de convicción o de información. Dios lo considera como incredulidad,

como la incapacidad de aceptar al Hijo de Dios por quien él es.

Pablo hizo eco de esta idea en el Areópago cuando dijo: “Dios pasó por alto aquellos tiempos de tal ignorancia, pero ahora manda a todos, en todas partes, que se arrepientan” (Hechos 17:30, NVI). Dios había sido paciente, dijo Pablo, pero ahora mandó que todos se arrepintieran y creyeran en Cristo. Rara vez escuchamos esta idea en los libros o desde el púlpito, la idea de que es nuestro deber someternos a Cristo. Pero si bien quizá no la escuchemos, esta no es una opción respecto a Dios.

En palabras simples, Dios impera sobre su universo, y su reinado no tendrá fin.

UN GOBIERNO SOBERANO

En nuestro país, vivimos en una democracia, así que nos cuesta entender la idea de soberanía. Nuestro contrato social declara que nadie puede gobernar aquí salvo con el consentimiento de los gobernados. Pero Dios no necesita nuestro consentimiento para gobernarnos. Él nos hizo, así que tiene un derecho intrínseco de gobernarnos.

En la Edad Media, los monarcas de Europa intentaban fundamentar su autoridad en el llamado “derecho divino de reyes”. Ellos declaraban que tenían un derecho dado por Dios para gobernar a sus compatriotas. La verdad es que solo Dios tiene semejante derecho.

En Inglaterra, el poder del monarca, que en otro tiempo fue muy grande, ahora es limitado. Inglaterra es una monarquía constitucional. La reina goza de toda la pompa y las galas de la realeza, pero el Parlamento y el primer ministro dirigen la nación, no el Palacio de Buckingham. La reina rige pero no gobierna.

Por el contrario, el Rey bíblico reina y gobierna a la vez. Y lleva a cabo su reinado, no por referéndum, sino por su soberanía personal.

UN GOBIERNO ABSOLUTO

El gobierno de Dios es una monarquía absoluta. A él no se le impone ninguna restricción externa. Él no tiene que respetar un equilibrio de poderes con un Congreso o una Corte Suprema. Dios es el Presidente, el Parlamento, y la Corte Suprema, todo en uno, porque él está investido con la autoridad de un monarca absoluto.

La historia del Antiguo Testamento es la historia del reino de Jehová sobre su pueblo. El motivo central del Nuevo Testamento es la realización sobre la tierra del reino de Dios en el Mesías, a quien Dios exalta a la mano derecha de autoridad y lo corona como el Rey de Reyes y Señor de señores. Él es el Gobernador último, aquel a quien debemos la lealtad última y la obediencia última.

Una de las grandes ironías de la historia es que cuando Jesús, quien era el Rey cósmico, nació en Belén, el mundo era gobernado por un hombre llamado César Augusto. Estrictamente hablando, sin embargo, la palabra "augusto" solo es apropiada para Dios. Significa "de suprema dignidad o grandeza; majestuoso; venerable; eminente". Dios es el cumplimiento superlativo de todos estos términos, porque Dios el Señor omnipotente reina.

1 Del himno "And Can It Be That I Should Gain", Charles Wesley, 1738. Traducción para este libro.



¿Dios o casualidad?

Tras el éxodo de los israelitas desde Egipto, Dios mandó a su pueblo que construyera un tabernáculo, una enorme tienda que funcionaría como el centro de su adoración. La sección más íntima del tabernáculo, que estaba cerrada con cortinas, era el Lugar Santísimo, al cual solo el sumo sacerdote podía entrar, y solo un día en el año, el Día de la Expiación. Era allí, en el Lugar Santísimo, donde se guardaba el arca del pacto. El arca no era un barco, como en la historia del arca de Noé, sino un enorme cofre cubierto de oro. Dentro del cofre se guardaban las tablas de los Diez Mandamientos, la vara de Aarón que había brotado, y una vasija con el maná con el que Dios alimentó milagrosamente al pueblo en el desierto (Hebreos 9:4). La tapa del arca, que estaba adornada con dos querubines de oro, se consideraba el trono de Dios. En palabras simples, el arca era el receptáculo más sagrado en toda la historia religiosa judía.

El arca también tenía significación militar para los judíos. Cuando Moisés y Josué condujeron a los israelitas en su viaje a la Tierra Prometida y en su

conquista de Canaán, cuando iban a la batalla contra sus enemigos, los sacerdotes llevaban el arca del pacto. Cuando el trono de Dios acompañaba al ejército de Israel, ellos salían victoriosos. Dios estaba con ellos en la batalla y peleaba por ellos.

Lamentablemente, con el tiempo el pueblo comenzó a asociar la victoria en la batalla con el arca misma, no con Dios. Esto lo vemos en 1 Samuel 4, donde se relata una ocasión cuando los israelitas salieron a la batalla contra los filisteos (pero no iban acompañados del arca) y sufrieron una derrota, con la pérdida de cuatro mil hombres. Entonces leemos: "Cuando el pueblo volvió al campamento, los ancianos israelitas preguntaron: '¿Por qué permitió el Señor que los filisteos nos vencieran? Vayamos a Silo, donde está el arca del Señor. Ella tiene que acompañarnos siempre, para que nos salve de nuestros enemigos'" (v. 3). El pueblo atribuyó su derrota a Dios, pero miraron al arca para que los salvara.

Así que llevaron el arca al campamento israelita. Cuando los soldados vieron la llegada del trono de Dios, rompieron a vitorear alborotada y estruendosamente. Al otro lado del valle, los filisteos oyeron los vítores, y cuando descubrieron el motivo, supieron que estaban en graves problemas, porque recordaron cómo Dios había azotado a los egipcios durante el éxodo (vv. 5-8).

En este tiempo, Israel era liderado por Elí, un sacerdote y juez. Él era un hombre piadoso que había servido al pueblo durante décadas, pero tenía un grave defecto. Tenía dos hijos, Hofni y Finés, quienes también eran sacerdotes, pero no compartían la piedad de Elías, y cometieron toda clase de profanación de su sagrada vocación. Sin embargo, Elí nunca los disciplinó. Así que Dios le había hablado a Elí por medio de un profeta, advirtiéndole que iba a caer juicio sobre su casa, porque Hofni y Finés iban a morir el mismo día (2:30-34).

Esta profecía se cumplió cuando los israelitas, jubilosos por tener el arca de Dios con ellos, volvieron a la batalla con los filisteos, y Hofni y Finés acompañaron el arca. Y ocurrió lo impensable: los israelitas *no* prevalecieron, aun cuando el arca estaba presente. Esta vez cayeron treinta mil israelitas (4:10).

Hofni y Finés también murieron, pero lo peor de todo fue que los filisteos paganos capturaron el arca del pacto (v. 11).

Después de la batalla, un mensajero volvió corriendo a Silo con las malas noticias. Elí tenía noventa y ocho años, y estaba ciego y con sobrepeso (v. 15, 18). Estaba sentado junto a la puerta donde realizaba juicios, porque esperaba ansioso las noticias de la batalla. Cuando el mensajero llegó y le contó que Israel había sido derrotado, sus hijos estaban muertos, y el arca había sido capturada, Elí cayó de espaldas, se rompió el cuello, y murió (v. 18).

La nuera de Elí, la esposa de Finés, estaba embarazada y a punto de dar a luz. Cuando escuchó las noticias de la derrota y la muerte de su esposo, comenzó a tener el parto. Dio a luz a un hijo, pero ella murió a consecuencia del parto. Sin embargo, antes de morir, ella llamó al niño Icabod, un nombre que significa “ha partido la gloria”. Aquel bebé nació el día en que la mayor gloria de Israel, el trono de Dios, fue llevado cautivo por los filisteos paganos.

AFLICCIONES PARA LOS FILISTEOS

Según se nos relata, los filisteos se llevaron el arca a Asdod, una de sus cinco ciudades estado. La pusieron en su templo más sagrado, que estaba dedicado a Dagón, su deidad principal. En el templo, pusieron el arca a los pies de una imagen de Dagón, el lugar de humillación y subordinación (5:1-2). A la mañana siguiente, sin embargo, encontraron la estatua de Dagón tumbada sobre su cara. Era como si Dagón estuviera postrado delante del trono de Jehová. Los sacerdotes enderezaron a su deidad, pero a la mañana siguiente, la estatua no solo había caído de cara, sino que su cabeza y sus manos estaban cortadas (vv. 3-4).

Para empeorar las cosas, brotó una plaga de tumores en Asdod (v. 6), y aparentemente una plaga de ratas (6:5). Los hombres de Asdod sospecharon que estas aflicciones venían de la mano de Dios, así que celebraron un concilio para debatir lo que harían. Tomaron la decisión de enviar el arca a otra de las

ciudades estado filisteas, Gat (5:7-8). Sin embargo, en Gat comenzó la misma aflicción, de manera que la gente de Gat decidió enviar el arca a Ecrón. Pero las noticias de las aflicciones habían precedido al arca, y la gente de Ecrón se negó a recibirla. Después de siete meses de pruebas, los filisteos finalmente se dieron cuenta de que el arca debía ser devuelta a Israel (5:9-6:1).

La devolución de semejante objeto sagrado a Israel no era tarea fácil. Los filisteos reunieron a sus sacerdotes y adivinos para que les aconsejaran cómo hacerlo. Los sacerdotes y adivinos recomendaron que la devolvieran con una “ofrenda por la culpa”: cinco tumores de oro y cinco ratones de oro (6:2-6).

Ahora la historia se vuelve interesante. Los sacerdotes y adivinos les dijeron a los líderes filisteos que prepararan un carro nuevo y pusieran en él el arca con los tumores y los ratones de oro. Luego tenían que encontrar dos vacas lecheras que nunca hubieran sido enyugadas y atarlas al carro. Una vez que hicieran todo esto, debían soltar el carro pero observar adónde lo llevaban las vacas. Ellos dijeron: “Si se va por el camino que lleva a Bet Semes, su tierra, eso querrá decir que fue el Señor quien nos mandó tan grandes males; pero si toma otro camino, sabremos que no fue el Señor, sino que lo que sufrimos fue un accidente” (v. 9). En esencia, entonces, este fue un elaborado experimento para ver si Dios había estado detrás de las aflicciones o si estas habían sucedido por “casualidad”.

Es crucial que entendamos la manera en que los filisteos “cargaron los dados”, por así decirlo, para determinar de manera concluyente si era el Dios de Israel quien había causado sus aflicciones.

Ellos consiguieron vacas que recién habían parido. ¿Cuál es la inclinación natural de una vaca madre que acaba de parir? Si se aleja a esa vaca de su cría y se la deja libre, ella se irá directo hacia su cría. Asimismo, escogieron vacas que nunca habían sido enyugadas o entrenadas para tirar un carro con un yugo. En tal caso, lo más probable es que la vaca luche con el yugo y es poco probable que trabaje bien con la otra vaca enyugada. Al incluir estas situaciones en el experimento, era muy improbable que el carro fuera a algún lado, ni hablar de que fueran hacia la tierra de Israel. Si las vacas eran capaces siquiera de tirar el

carro, querrían volver hacia sus terneros. Por lo tanto, si el carro iba hacia Israel, esa sería una señal de que Dios estaba guiando las vacas, y por consiguiente, que él había dirigido las aflicciones que habían venido sobre los filisteos desde que habían capturado el arca.

UN EXPERIMENTO DE ATEOS

Este experimento suena primitivo. Ocurrió en la era pre-científica. Esta gente no era sofisticada. No tenían doctorados en física. Su ingenuidad al tratar de discernir la causa de su aflicción es divertida. Pero este relato tiene algo que me parece extremadamente contemporáneo: esta gente era claramente atea. Quizá te sorprenda esta afirmación, porque la Biblia dice que los filisteos tenían un templo, un sacerdocio, y una religión, de la cual una parte implicaba que ellos participaran en actividades religiosas. ¿Por qué, entonces, afirmo yo que ellos eran ateos? Hace años, cuando yo enseñaba en un seminario, estaba a cargo de enseñar un curso sobre la teología de la Confesión de Fe de Westminster, un documento teológico del siglo XVII que es el fundamento confesional del presbiterianismo histórico. Los primeros dos capítulos de la confesión tratan de la Escritura y del Dios trino, mientras que el tercer capítulo se titula "Del decreto eterno de Dios". Los presbiterianos saben exactamente qué significa eso: predestinación. Los alumnos del seminario disfrutan de discutir sobre cuestiones doctrinales difíciles, y disfrutan especialmente de debatir sobre la predestinación, así que mi cátedra pendiente sobre esta doctrina causaba entusiasmo. La mayoría de mis alumnos invitó a amigos que no creían en la predestinación, así que cuando se reunió la clase para considerar esta difícil doctrina, se congregó alrededor del doble de la cantidad habitual de personas.

Comencé la clase leyendo las líneas iniciales del capítulo tres de la Confesión de Westminster: "Dios desde la eternidad, por el sabio y santo consejo de su voluntad, ordenó libre e inalterablemente todo lo que sucede". Entonces me detuve y dije: "La confesión dice que desde la eternidad Dios ordenó libre e

inalterablemente todo lo que sucede. ¿Cuántos de ustedes creen eso?”. Este era un seminario presbiteriano, así que se levantaron muchas manos. Los buenos alumnos presbiterianos en la clase estaban orgullosos de confesar su convicción acerca de la soberanía de Dios.

Desde luego, no todos levantaron la mano, así que pregunté: “¿Cuántos de ustedes no creen esto? Nadie va a anotar sus nombres. No se van a meter en problemas. No vamos a tener un juicio por herejía ni sacar los cerillos y quemarlos en la hoguera. Solo sean honestos”. Finalmente, varios alumnos levantaron la mano. Cuando lo hicieron, dije: “Quiero hacer otra pregunta: ¿cuántos de ustedes se describirían francamente a sí mismos como ateos? Una vez más, sean honestos”. Nadie levantó la mano, así que dije: “No entiendo por qué aquellos que dijeron que no estaban de acuerdo con la confesión no levantaron la mano cuando les pregunté si eran ateos”.

Como podrás imaginar, se produjo una ruidosa protesta entre los estudiantes que no concordaban con la confesión. Estaban dispuestos a lincharme. Ellos dijeron: “¿De qué está hablando? ¿Solo porque no creemos que Dios ordene todo lo que sucede, nos llama ateos? Entonces pasé a explicarles que el pasaje que había leído de la confesión no decía nada exclusivamente presbiteriano. Ni siquiera era exclusivamente cristiano. Esa declaración no separó a los presbiterianos de los metodistas, luteranos, o anglicanos, y no distinguía entre presbiterianos, musulmanes o judíos. Simplemente ofrecía una distinción entre teísmo y ateísmo.

Lo que yo quería que vieran estos jóvenes era esto: si Dios no es soberano, Dios no es Dios. Si existe tan solo una molécula rebelde en el universo —una molécula corriendo libre fuera del alcance de la soberanía de Dios—, no podemos tener la más mínima confianza de que cualquier promesa que Dios haya hecho acerca del futuro llegue a cumplirse.

Es por esto, entonces, que yo digo que los filisteos eran ateos. Ellos concedían la posibilidad de que un suceso en este mundo ocurriera por casualidad; la posibilidad de que, contra toda evidencia, las aflicciones que habían soportado

hubiesen ocurrido por coincidencia. Ellos dejaban lugar para una partícula rebelde, por lo cual estaban concediendo la posibilidad de un Dios que no es soberano, y un Dios que no es soberano no es Dios.

El gran mensaje del ateísmo es que la “casualidad” tiene poder causal. Una y otra vez se expresa la postura de que no necesitamos atribuir la creación del universo a Dios, porque sabemos que aquel llegó a existir por medio del espacio más el tiempo más el azar. Eso no tiene sentido. El azar no puede hacer nada. El azar es una palabra totalmente adecuada para describir posibilidades matemáticas, pero solo es una palabra. No es una entidad. El azar no es nada. No tiene poder porque no tiene ser; por lo tanto, no puede ejercer ninguna influencia sobre nada. No obstante, hoy tenemos sofisticados científicos que hacen serias declaraciones aseverando que todo el universo fue creado por el azar. Esto equivale a decir que la nada causó algo, y no hay declaración más contraria a la ciencia que esa. Todo tiene una causa, y la causa última, como hemos visto, es Dios.

Cuando los filisteos soltaron las vacas, estas “se dirigieron a Bet Semes; iban andando y bramando, sin apartarse del camino” (6:12). Las vacas tiraban el carro suavemente, aunque nunca habían sido enyugadas. Se alejaban de sus crías, aun cuando deseaban ir hacia ellas, como evidencian sus bramidos. E iban directo hacia Israel. ¿Ocurrió todo eso por casualidad? No, las vacas eran guiadas por la mano invisible del Dios de la providencia. En consecuencia, los filisteos supieron que esa misma mano los había afligido.



¿Es Dios responsable de la maldad humana?

El 12 de febrero de 1938, dos hombres tuvieron una reunión privada en un retiro en la montaña. En el transcurso de la conversación, uno de ellos le dijo al otro: "Tengo una misión histórica, y cumpliré esa misión, porque la Providencia me ha destinado a hacerlo"[1]. Este hombre entendía que el propósito de su vida estaba bajo la determinante influencia de la divina providencia. Él prosiguió y en el curso de la conversación le dijo al otro señor que cualquiera "que no esté conmigo será aplastado"[2].

El hombre que hizo esta apelación a un destino providencial fue Adolfo Hitler. De manera similar, cuando José Stalin fue ascendido al rol de primer ministro de la Unión Soviética, los obispos de la Iglesia Ortodoxa Rusa se regocijaron por este golpe de la providencia, pues estaban convencidos de que Dios había levantado a Stalin para que fuese un instrumento divino para el liderazgo del pueblo de Rusia. Hoy, no obstante, cuando las personas discuten sobre los males diabólicos que han sido perpetrados contra la raza humana, dos de los nombres que escuchamos con mayor frecuencia asociados con la maldad humana son los

de Hitler y Stalin.

Cada vez que estudiamos la doctrina de la providencia y la cuestión del gobierno divino, inevitablemente escuchamos que las Escrituras enseñan que Dios levanta naciones y derriba naciones (Daniel 2:21; 4:17; Romanos 13:1). Esto plantea una pregunta: ¿Cómo se relaciona la providencia divina con los gobiernos malvados, las personas malvadas, y, en fin, toda la cuestión del mal? En el capítulo anterior, cité desde el capítulo tres de la Confesión de Fe de Westminster, que dice: "Dios desde la eternidad, por el sabio y santo consejo de su voluntad, ordenó libre e inalterablemente todo lo que sucede". ¿Significa eso, entonces, que Dios ordenó a Hitler y a Stalin? ¿Ha sido ordenado el mal por la providencia de Dios?

Se ha dicho que la existencia del mal y la dificultad para explicarlo a la luz del concepto de un Dios soberano que se supone que es bueno es el "talón de Aquiles" del cristianismo. Según la mitología griega, cuando Aquiles nació, su madre lo sumergió en el Río Estigia con la intención de hacerlo inmortal. Pero cuando lo sumergió, lo sujetó del talón, y esa parte de su cuerpo no se sumergió, y por lo tanto no era invencible. Finalmente, Aquiles fue muerto cuando recibió una herida de flecha en su talón durante la guerra de Troya. Aquellos que aducen que el problema del mal es el talón de Aquiles del cristianismo quieren decir que es el punto más vulnerable del cristianismo. Si Dios ordena todo lo que sucede, pareciera que él ordena el mal. Y si Dios ordena el mal, se argumenta, él mismo es malo.

El filósofo John Stuart Mill (1806-1873) utilizó este argumento en sus objeciones hacia el cristianismo. Él escribió: "Ni siquiera en la más distorsionada y contraída teoría del bien que haya sido elaborada por el fanatismo religioso o filosófico puede pretenderse que el gobierno de la Naturaleza parezca la obra de un ser a la vez bueno y omnipotente"[3]. Él estaba diciendo que debido a la innegable realidad del mal, no podía concebir un Dios que fuera tanto todopoderoso como totalmente justo.

Desde luego, algunos tratan de resolver esta dificultad negando la realidad del

mal. Mary Baker Eddy, la fundadora de la Ciencia Cristiana, dijo que el mal es una ilusión. Una vez tuve un debate con un maestro de Ciencia Cristiana acerca de la cuestión del mal. Él insistía en que el mal es una ilusión, que en realidad no existe, mientras que yo insistía en que el mal es real. En un momento de la discusión dije: "Veamos si podemos recapitular sobre nuestras posturas. Usted dice que el mal es una ilusión. Yo digo que es real. ¿Cree usted que yo soy real?". Él dijo que sí. Entonces pregunté: "¿Entiende que yo estoy diciendo que el mal es real y usted está diciendo que es una ilusión?". Él dijo que lo entendía. Yo proseguí: "¿Cree usted que es bueno que yo le enseñe a la gente que el mal es real?". Él dijo que no lo creía. Finalmente le pregunté: "¿Cree que sea malo que yo le enseñe a la gente que el mal es real?". Él no supo qué decir en ese punto. Tuvo que concluir que yo también era una ilusión.

LA CAUSA Y EL EFECTO

En el capítulo uno observé que la cuestión clave para el hombre moderno es la causalidad, y esta pregunta en ningún lugar es más aguda que cuando hablamos del problema del mal. En mi primer año en la universidad, solo unos meses después de volverme cristiano, estaba jugando ping-pong un día en mi dormitorio, y justo en medio de una volea me vino un pensamiento (que de ninguna manera era original): "Si Dios es totalmente justo, solo es capaz de lo bueno; entonces, ¿cómo es posible que haya creado un mundo que está estropeado por el mal? Si Dios es la fuente de todas las cosas y es bueno, ¿cómo pudo existir el mal?". Ese problema me preocupó profundamente en ese momento y me ha preocupado aún más desde entonces, y preocupa a muchas otras personas también.

Cuando comencé a reflexionar sobre estas cosas y a estudiar la cuestión de la causalidad, estudié, y más tarde enseñé, filosofía del siglo XVII. El filósofo más destacado durante ese periodo fue el matemático y académico francés René Descartes. A él le inquietaba mucho el razonamiento a partir de la causalidad. Él

argumentaba a favor de la existencia del mundo diciendo que el universo requiere una causa suficiente, una causa que sea capaz de dar el resultado que ahora observamos. Por lo tanto, él argumentó desde la causa al efecto a la existencia de Dios, razonando a la inversa desde el universo hasta Dios. Uno de los principios que él usó en ese argumento a favor de la existencia de Dios fue este: “No puede haber nada en el efecto que no esté primero en la causa”. Dicho de otra forma: “En el efecto no puede haber más de lo que es inherente a la causa”.

Ese principio, que los pensadores han asumido durante milenios, es válido, y es crucial para otros argumentos a favor de la existencia de Dios. Por ejemplo, un argumento que usamos para probar la existencia de Dios es el argumento desde la personalidad humana. Podemos probar que tiene que haber una causa primera, que esta causa primera tiene que existir por sí misma y ser eterna, etc. Pero después de eso, la gente suele decir: “¿Cómo sabemos que esta causa primera es personal?”. Una de las formas en que yo respondo esta pregunta es decir: “¿Somos personas nosotros? ¿Existe tal cosa como la personalidad, que implica volición, inteligencia, afecto —las cosas que son esenciales para lo que somos como seres humanos?”. Si la persona concuerda en que los seres humanos son personales, que tienen inteligencia, intencionalidad, voluntad, y todo lo demás, yo puedo responder: “Bueno, no podemos tener una fuente impersonal para la personalidad. Tiene que haber personalidad en la causa si hay personalidad en el efecto”.

Pero ese argumento en particular, por válido que sea, puede ser contraproducente para el cristiano. Los críticos del cristianismo han respondido que si no puede haber más en el efecto de lo que es inherente a la causa, entonces Dios debe ser malo, porque si aquí tenemos un efecto que es malo, y si en el efecto no puede haber más de lo que es inherente a la causa, el mal debe existir en la causa.

¿Cómo respondemos a este argumento? La respuesta simple es que en la criatura hay algo que no reside en el creador: el pecado. Eso no significa que la

criatura tenga algo más grande que el Creador; más bien la criatura tiene algo muy inferior al Creador.

UNA DEFINICIÓN DEL MAL

Para explicar lo que intento decir, quiero volverme a la definición histórica del mal. ¿Qué es el mal? Desde luego, no estoy hablando del mal natural o el mal metafísico; más bien estoy hablando del mal moral. Los seres humanos tienen al menos esto en común con Dios: somos criaturas morales. Por supuesto, vivimos en una época en la que muchos niegan esa proposición. Ellos dicen que nada es objetivamente bueno o malo. En lugar de ello, solo existen preferencias, lo que significa que todo es relativo. El bien y el mal son meras convenciones sociales que hemos recibido a través de distintas tradiciones.

Hace años, sufrí una calamidad de máxima envergadura: me robaron los palos de golf. Ese robo fue particularmente angustiante para mí porque los palos estaban en una bolsa de golf que me había regalado mi esposa, así que tenía valor sentimental. Además, yo tenía dos palos especialmente fabricados que me había dado un amigo que está en la Asociación de Golfistas Profesionales. Ahora bien, yo soy teólogo. Se supone que sé algo del pecado. Creo que he visto todo tipo de debilidad humana que exista bajo el sol, y entiendo las tentaciones que acompañan nuestra humanidad. Pero francamente, nunca he podido entender bien la mentalidad de la gente que roba, que realmente tiene la osadía de quedarse con la propiedad privada de otro. Un hombre trabaja largas horas a la semana, ganándose el salario con el sudor de su frente para poder comprar cierto producto que quiere o necesita. Otro hombre, al ver algo que quiere o necesita, simplemente lo toma sin invertir tiempo ni esfuerzo. No puedo entender esa mentalidad. Aunque somos maestros de la auto-justificación, expertos para presentar excusas por nuestros pecados, no puedo concebir cómo un ladrón puede mirarse en el espejo y ver cualquier cosa menos una persona indescriptiblemente egoísta y egocéntrica. En suma, me sorprende lo mala que

puede ser la gente. Como podrás ver, no estoy en el bando de los que creen que el robo no sea objetivamente malo.

No necesitamos un complejo argumento filosófico para probar la maldad del robo. Es auto-evidente. Las personas saben instintivamente que robar la propiedad ajena es malo. Yo podría decir que no existe cosa tal como el mal y argumentar filosóficamente al respecto, pero el argumento se acaba cuando alguien echa mano de mi billetera. Entonces digo: “Eso no está bien, no es bueno. Eso es malo”.

¿Pero qué es el mal? El Catecismo Menor de Westminster define el así el pecado: “El pecado es cualquier falta de conformidad con la ley de Dios, o transgresión de ella” (PyR 14). Aquí la confesión define el pecado o el mal en términos tanto negativos como positivos. Hay pecados de omisión y pecados de comisión. Pero quiero concentrarme en la primera parte de la definición, “cualquier falta de conformidad con la ley de Dios”. El pecado es la falta de conformidad con el estándar que Dios establece para la justicia.

Los filósofos antiguos definían el mal en términos de “negación” y “privación”. Es decir, el mal es la negación de lo bueno y una privación (o falta) del bien. Algo que está por debajo de la plenitud de la justicia es malo. Los filósofos estaban mostrando que la única forma en que podemos describir y definir el mal es en términos negativos. Esto significa que el mal, por su propia naturaleza, es parasítico. Depende de su huésped para su existencia. Esto es lo que Agustín tenía en mente cuando dijo que solo algo bueno puede hacer lo malo porque el mal requiere volición, inteligencia, y sentido o conciencia moral: todo lo cual es bueno. Por lo tanto, algo le ocurre a un ser bueno que indica una pérdida, una carencia o una negación del bien.

Agustín tomó la postura de que es imposible concebir un ser que sea completamente malo. Sí, Satanás es radicalmente malo, pero fue creado como un ángel, lo que significa que era parte de la creación que Dios vio como muy buena. Por lo tanto, incluso Satanás fue creado bueno, tal como los hombres fueron creados buenos. En consecuencia, en el momento de la creación, el Dios

eterno, que es absolutamente bueno, actuó como agente moral para crear otros agentes morales que eran buenos. Pero la gran diferencia entre el Creador y la criatura es que Dios es eterna e inmutablemente bueno, mientras que la criatura fue hecha mutablemente buena. Es decir, fue creada con la posibilidad de cambiar en su conformidad con la ley de Dios.

Vemos, pues, que no podemos entender la desobediencia sin tener primero un concepto de obediencia. La ilegalidad se define por la legalidad. La injusticia depende de una definición previa de justicia. El anticristo no puede existir sin su relación antitética con Cristo. Entendemos que el mal se define como una negación o falta de conformidad con los estándares de lo bueno.

LA ORDENACIÓN DEL MAL

La pregunta suprema es esta: "¿Dios hace lo malo?". La Biblia es absolutamente clara: Dios es absolutamente incapaz de realizar el mal. No obstante, hemos afirmado que Dios ordena todo lo que sucede, y algunas de las cosas que suceden son malas. Por tanto, ¿ordena Dios el mal? Solo existe una respuesta bíblica a esa pregunta: sí. Si Dios no hubiera ordenado el mal, no habría mal, porque Dios es soberano.

Donde tropezamos y trastabillamos es en la palabra *ordenar*. Pensamos que afirmar la ordenación divina de todas las cosas debe significar que Dios hace el mal o bien lo impone a criaturas justas, obligando a personas inocentes a cometer actos pecaminosos. No. Él ordenó que sus criaturas tuviesen la capacidad para el mal. Él no las obligó a ejercer esa capacidad, pero sabía que la ejercerían. En ese punto, él tuvo que decidir. Podía destruir la creación para no permitir que el mal ocurriera. En el momento en que la Serpiente vino a Adán y Eva y comenzó a sugerir la desobediencia, Dios pudo haber liquidado a la

Serpiente o haber liquidado a Adán y Eva. No habría habido pecado. Pero Dios, por motivos que solo él conoce, tomó la decisión de dejar que ocurriera. Dios no lo aprobó, pero no lo detuvo. Al decidir no detenerlo, lo ordenó.

Debo decir que no tengo idea de por qué Dios permite que el mal enlode su universo. Sin embargo, yo sé que cuando Dios ordena algo, su propósito es totalmente bueno. ¿Significa esto que yo creo que en última instancia el mal en realidad es bueno? No. Estoy diciendo que debe ser bueno que el mal exista, porque Dios ordena soberana y providencialmente solo lo que es bueno. En términos de su propósito eterno, Dios ha estimado que es bueno permitir que el mal ocurra en este mundo.

Eso no significa que los pecados que cometo, en tanto que contribuyen con el plan providencial de Dios y su gobierno de la historia del mundo, en realidad sean virtudes. La traición de Judas fue parte de la divina providencia en el plan de Dios para redimir al mundo. Judas no podría haber entregado a Cristo a Pilato sin el decreto providencial de Dios. Sabemos que este era el consejo predeterminado de Dios, y no obstante Dios no puso el mal en el corazón de Judas. Dios no forzó a Judas para que cometiera su diabólico pecado. Por lo tanto, Judas no podrá ponerse en pie en el día final y decir: "Si no hubiera sido por mí, no habría habido cruz, ni expiación, ni salvación; yo soy el que hizo posible todo esto". Lo que hizo Judas fue totalmente malo, pero cuando Dios ordena todas las cosas que suceden, él no solo ordena los fines sino también los medios para esos fines, y él actúa a través de todas las cosas para llevar a cabo su justo propósito.

Uno de los versos más reconfortantes de la Escritura es Romanos 8:28: "Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, es decir, de los que él ha llamado de acuerdo a su propósito". Solo un Dios de soberana providencia podría hacer una promesa así. Esta declaración no significa que todas las cosas *sean* buenas, sino que todas las cosas están dispuestas *para* bien. Solo pueden estar dispuestas para bien porque, por encima de todo mal, todos los actos de maldad humana, se yergue un Dios que ha asignado un destino

tanto para el universo como para nosotros como individuos, y ese destino es perfectamente consistente con su justicia.

1 Adolfo Hitler, citado en William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany*, 3a edición (New York: Simon & Schuster, 1990), 326. Traducción para este libro.

2 *Ibíd*.

3 John Stuart Mill, *Three Essays on Religion* (Nueva York: Henry Holt & Co., 1874), 38. Traducción para este libro.



¿Qué decir de la libertad humana?

En un capítulo anterior, consideramos brevemente la provocativa primera línea del capítulo "Del decreto eterno de Dios" de la Confesión de Westminster, que dice: "Dios desde la eternidad, por el sabio y santo consejo de su voluntad, ordeno libre e inalterablemente todo lo que sucede. Sin embargo, lo hizo de tal manera, que Dios ni es autor del pecado, ni hace violencia al libre albedrío de sus criaturas, ni quita la libertad ni contingencia de las causas secundarias, sino más bien las establece". Los teólogos que participaron en la redacción de esa declaración doctrinal tuvieron la precaución de decir que aunque creemos en un Dios que gobierna todas las cosas y ordena todo lo que sucede, él no ejerce su gobierno soberano y providencial de una forma que destruya lo que llamamos libertad humana o volición humana. Más bien las decisiones humanas y las acciones humanas son parte del plan providencial general de las cosas, y Dios lleva a cabo su voluntad mediante las decisiones libres de agentes morales. El hecho de que nuestras decisiones libres concuerden con este plan global de ningún modo aminora la realidad de esa libertad.

Con todo, la pregunta sobre cómo se corresponden nuestras decisiones libres con la soberana providencia de Dios es una de las preguntas más terriblemente difíciles con las que luchamos en teología. Hace años, entré en una discusión con un profesor de la Universidad Carnegie Mellon. En ese entonces, él enseñaba en el departamento de física, y era en cierto modo hostil hacia la teología, a la que consideraba más o menos como una seudo-ciencia. Él dijo: “En el centro mismo de su sistema de creencias hay cosas que son simplemente indefinibles”. Cuando le pedí que diera algunos ejemplos, dijo: “Dios. ¿Qué es más básico para la teología que Dios? Y no obstante, cualquier cosa que se pueda decir sobre Dios a fin de cuentas es imprecisa”. Yo le respondí: “Nuestra primera doctrina sobre Dios es lo que llamamos ‘la inabarcabilidad de Dios’, que ningún concepto puede describirlo en forma exhaustiva. Pero eso no significa que las afirmaciones que hacemos acerca de él sean totalmente inadecuadas. Seguramente tú podrás entender nuestra lucha en la ciencia de la teología, porque en física ustedes tienen que enfrentar el mismo problema”. Él negó que los físicos tuvieran un problema de ese tipo, y me pidió que me explicara. Yo le dije: “¿Qué es la energía? ¿Qué tan básica es la energía para la física moderna?”. Él dijo: “Yo puedo responder esa pregunta: la energía es la capacidad de hacer un trabajo”. Yo le dije: “No, no te estoy preguntando qué puede hacer la energía. Estoy preguntando qué es”. Él dijo: “Bueno, energía es MC^2”. Le respondí: “No, no quiero su equivalencia matemática. Quiero su estructura ontológica”. Finalmente suspiró y dijo: “Ahora te estoy entendiendo”.

Es una tendencia humana pensar que podemos resolver un misterio metafísico poniéndole un nombre o dándole una definición. No existe nadie, al menos nadie de quien tenga conocimiento, que comprenda la gravedad. Asimismo, no conozco a ningún científico que ya haya respondido la más antigua y desconcertante pregunta filosófica y científica: “¿Qué es el movimiento?” Ponerle una etiqueta a algo o asignarle un término técnico no lo explica en su totalidad.

He abordado este complicado punto porque tenemos una palabra para la relación entre la soberana providencia divina y la libertad humana, pero aunque creo que es una palabra útil, es meramente descriptiva; no explica cómo armonizan las acciones humanas con la providencia divina. La palabra es *concurrencia*. La concurrencia se refiere a las acciones de dos o más partes que ocurren al mismo tiempo. Una serie de acciones ocurre con otra serie, y sucede que estas se entrelazan o convergen en la historia. Por lo tanto, la doctrina cristiana de la relación entre la soberanía de Dios y los actos volitivos humanos se llama la doctrina de la concurrencia. Como puedes ver, la palabra "concurrencia" simplemente designa este proceso, pero no lo explica.

Yo creo que una de las mejores ilustraciones de la concurrencia se encuentra en el Antiguo Testamento en el libro de Job. Este libro es presentado como una especie de drama, y la escena de apertura acontece en el cielo. Satanás entró en escena después de recorrer toda la tierra, sondeando el desempeño de hombres supuestamente devotos de Dios. Dios le preguntó a Satanás: "¿Y no has pensado en mi siervo Job? ¿Acaso has visto alguien con una conducta tan intachable como él? ¡No le hace ningún mal a nadie, y es temeroso de Dios!" (1:8). Desde luego, Satanás era escéptico. Él le dijo a Dios: "¿Y acaso Job teme a Dios sin recibir nada a cambio? ¿Acaso no lo proteges, a él y a su familia, y a todo lo que tiene? Tú bendices todo lo que hace, y aumentas sus riquezas en esta tierra." (vv. 9b-10). Las preguntas de Satanás implicaban que Job era fiel y leal a su Creador solo por causa de lo que recibía de Dios. Así que Satanás desafió a Dios: "Pero pon tu mano sobre todo lo que tiene, y verás cómo blasfema contra ti, y en tu propia cara" (v. 11). Así que Dios le dio permiso a Satanás para que atacara todas las posesiones de Job y, más tarde, la salud de Job.

¿Cómo llevó a cabo Satanás su ataque contra Job? Se nos relata que, entre otros sucesos, los caldeos se llevaron los camellos de Job (v. 17). Así que en este robo había tres agentes involucrados: los caldeos, Satanás, y Dios. Consideremos

a estos tres agentes uno por uno.

Algunos estudiosos, enfocándose en la maliciosa intención de Satanás, concluyen que los caldeos eran hombres justos que respetaban a Job, pero fuerzas demoniacas bajo el control de Satanás los indujeron a robar lo camellos de Job. Ellos no habían pensado en robarle a Job hasta que Satanás puso la idea en sus mentes. Pero la Escritura nunca afirma algo así. La verdad es que los caldeos fueron ladrones de camellos desde el principio. Tenían una ira envidiosa, avarienta y celosa contra Job, y lo único que los había mantenido alejados del corral de Job durante años era la el cerco protector que Dios había puesto alrededor de Job. Sin embargo, cuando se presentó la oportunidad, estuvieron más que felices de llevarse los camellos de Job.

A Satanás no le interesaba ver a los caldeos llevarse algunos camellos gratis. Su objetivo en este drama era obligar a Job a maldecir a Dios. Él estaba actuando con malicia y malevolencia para derrocar la autoridad y la majestad de Dios. Él esperaba que el robo de los camellos de Job por parte de los caldeos fuera un paso hacia ese objetivo. Así que había concordancia de propósito entre los caldeos y Satanás.

Sin embargo, había un pleno desacuerdo entre los propósitos de los caldeos y Satanás y el propósito de Dios. Sobre la base de lo que hemos aprendido hasta aquí acerca de la providencia, podemos concluir con seguridad que Dios ordenó que los camellos de Job fueran robados. Ese era el plan providencial de Dios. Pero el propósito de Dios era vindicar a Job de la injusta acusación de Satanás, así como de vindicar su propia santidad.

¿Era un propósito legítimo que Dios vindicara a Job? ¿Era un propósito legítimo que Dios vindicara su propia santidad? No estoy diciendo que el fin justifique los medios, pero los propósitos y designios de Dios tienen que ser considerados en nuestra evaluación de este drama. Dios no pecó contra Job. La justicia no exigía que Dios impidiera que alguna vez Job perdiera sus camellos. Recordemos que Job era un pecador. Él no tenía un derecho eterno a esos camellos. Cualquier camello que Job poseyera era un don de la gracia de Dios, y

él tenía todo el derecho bajo el cielo a quitar o alejar esa gracia para sus propios propósitos santos. Por lo tanto, en este drama, Dios actuó justamente, pero Satanás y los caldeos hicieron lo malo. Un suceso, tres agentes, tres propósitos distintos.

CONCURRENCIA EN LA HISTORIA DE JOSÉ

Mi ilustración favorita de la concurrencia es la historia de José, la cual encontramos en los últimos capítulos de Génesis. José era favorito de su padre, Jacob, quien le dio a José un manto de colores. Los hermanos de José lo odiaban por este trato favorecido (37:3-4). Un día, cuando José cayó en manos de sus hermanos, lejos de los ojos vigilantes de su padre, ellos llegaron tan lejos como para discutir su muerte, pero al final sencillamente lo vendieron a unos comerciantes que iban en caravana a Egipto (vv. 18-28). En Egipto, José fue vendido a Potifar, el capitán de la guardia del faraón. José sirvió bien a Potifar y se hizo mayordomo de su casa (39:1-4). Pero la esposa de Potifar realizó insinuaciones ilícitas a José, las que este rechazó. El infierno no conoce furia como la de una mujer despreciada, así que ella lo acusó de intento de violación, y José fue echado a la cárcel (vv. 7-8, 14-15, 20).

En la prisión, José conoció al copero y al panadero del faraón, quienes habían desagradado al rey (40:1). Mientras estaban en prisión, José interpretó sueños para el copero y el panadero, y ambos sueños se cumplieron (vv. 8-23). Algún tiempo después, cuando el copero había sido restaurado, le contó al faraón sobre la habilidad de José, y el faraón llamó a José para que le interpretara su propio sueño (41:12-36). El faraón estuvo tan agradecido que nombró a José como primer ministro de Egipto, con la tarea de prepararse para el hambre que el faraón había previsto en su sueño (vv. 37-45).

Cuando llegó el hambre sobre la tierra, también afectó a la tierra natal de José. La familia de Jacob moría de hambre, así que Jacob envió a algunos de sus hijos a Egipto a comprar algo del alimento excedente que el primer ministro había

tenido la sabiduría de almacenar para el pueblo egipcio (42:1-2). Cuando los hijos fueron a Egipto, encontraron a José, pero aunque no lo reconocieron, él los reconoció a ellos (vv. 6-8). José ocultó su identidad por algún tiempo, pero finalmente reveló que él era su hermano perdido hacía tanto tiempo (45:3). Por invitación de José, Jacob trasladó a toda su familia a Egipto (46:5-7).

Años más tarde, después de la muerte de Jacob, los hermanos tuvieron miedo de que José se vengara de ellos por haberlo vendido como esclavo (50:15). Así que inventaron una historia, y dijeron que Jacob les había contado que quería que José los perdonara (vv. 16-17). No era necesario que ellos se preocuparan; José ya hacía tiempo que los había perdonado. Él les dijo: “No tengan miedo. ¿Acaso estoy en lugar de Dios? Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios cambió todo para bien, para hacer lo que hoy vemos, que es darle vida a mucha gente” (vv. 19-20).

José no negó el pecado de sus hermanos. Él dijo: “Ustedes pensaron hacerme mal”. Él estaba diciendo que ellos habían actuado con mala intención al venderlo a los madianitas. Al igual que los caldeos, los hermanos de José eran culpables de pecado, un pecado que ellos personalmente habían querido cometer. Pero Dios está por encima de todas las decisiones humanas y actúa a través de la libertad humana para llevar a cabo sus propios objetivos providenciales. Eso es lo que José estaba diciendo: “Ustedes decidieron hacer algo pecaminoso, pero Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman y son llamados según su propósito. Yo estoy llamado según el propósito de Dios, y Dios ha causado un bien a través de esto”. ¿Cuál bien? En primer lugar, Dios envió a José a Egipto a hacer preparativos para el hambre y por consiguiente para salvar muchas vidas, incluidas las de su propia familia. En segundo lugar, Dios hizo que toda la familia de Jacob se mudara a Egipto, para que allí pudieran prosperar y multiplicarse, solo para ser esclavizados y posteriormente liberados por la poderosa mano de Dios en uno de los momentos clave de la historia de la redención. Y Dios llevó a cabo todo esto mediante la concurrencia de su propia voluntad justa y la voluntad pecaminosa de los hermanos de José.

Hay una vieja y sencilla historia que enseña una profunda lección: "Por falta de un clavo se perdió una herradura. Por falta de la herradura, se perdió un caballo. Por falta del caballo, se perdió el jinete. Por falta del jinete, se perdió un mensaje. Por falta del mensaje se perdió la batalla. Por falta de la batalla, se perdió el reino". ¿Qué habría ocurrido en la historia del mundo si Jacob no le hubiese dado un manto de colores a José? Sin manto no hay celos. Sin celos, no hay una traidora venta de José a los comerciantes madianitas. Sin venta de José a los comerciantes madianitas, no hay descenso a Egipto. Sin descenso a Egipto, no hay encuentro con Potifar. Sin encuentro con Potifar, no hay problemas con su esposa. Sin problemas con su esposa, no hay encarcelamiento. Sin encarcelamiento, no hay interpretación de los sueños del faraón. Sin interpretación de los sueños del faraón, no hay ascenso al cargo de primer ministro. Sin ascenso al cargo de primer ministro, no hay reconciliación con sus hermanos. Sin reconciliación con sus hermanos, no hay migración del pueblo judío a Egipto. Sin migración a Egipto, no hay éxodo desde Egipto. Sin éxodo desde Egipto, no hay Moisés, ni ley, ni profetas —¡y no hay Cristo! ¿Crees que el suceso del manto fue un accidente en el plan de Dios? Dios dispuso todo para bien.

Jonathan Edwards predicó una vez un sermón titulado "God, the Author of All Good Volitions and Actions" (Dios, el autor de todas las voliciones y acciones buenas). Me encanta el título de ese sermón porque muestra lo distinto que era Edwards al cristiano promedio. Cada vez que tomamos decisiones buenas, nobles o virtuosas, nos gusta llevarnos todo el crédito. Por otra parte, si hacemos algo que no es tan bueno, algo malo, damos excusas y evadimos la culpa. No nos gusta quedarnos con el crédito por nuestras malas decisiones. A veces tratamos de culpar a Dios por ellas, tal como hizo Adán cuando dijo: "La mujer que me diste por compañera fue quien me dio del árbol, y yo comí" (Génesis 3:12). Él

trató de culpar a Dios mismo por la caída. Esa es nuestra tendencia: llevarnos el crédito por lo bueno, echar la culpa a otro por lo malo. Pero Edward entendía que cualquier buena acción que hagamos, cualquier decisión justa que tomemos, solo ocurren porque Dios está obrando en nuestro interior.

Cuesta entender la relación entre la providencia de Dios y la libertad humana porque el hombre es verdaderamente libre en el sentido de que tiene la capacidad de tomar decisiones y elegir lo que quiera. Pero también Dios es verdaderamente libre. Es por esto que la Confesión de Fe de Westminster puede decir que Dios lo ordena todo "libremente" sin hacer "violencia al libre albedrío de sus criaturas". Por supuesto, si lo he oído una vez, lo he oído mil veces: "La soberanía de Dios nunca puede limitar la libertad del hombre". Esa es una expresión de ateísmo, porque si la soberanía de Dios está limitada un ápice por nuestra libertad, él no es soberano. ¿Qué tipo de concepto de Dios tenemos como para decir que las decisiones humanas inmovilizan a Dios? Si su libertad está limitada por nuestra libertad, nosotros somos soberanos, no Dios. No; nosotros somos libres, pero Dios es aún más libre. Esto significa que nuestra libertad jamás puede limitar la soberanía de Dios.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind*.

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God, Chosen by God, The Invisible Hand, Faith Alone*, *Everyone's a Theologian, Truths We Confess, The Truth of the Cross, and The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King.*

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.

Serie Preguntas Cruciales
Por R. C. Sproul

¿Quién *es* Jesús?

¿Puedo confiar *en la* Biblia?

¿Puede *la oración* cambiar las cosas?

¿Puedo *conocer* la voluntad de Dios?

¿Cómo debo *vivir en* este mundo?

¿Qué significa *nacer* de nuevo?

¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

¿Qué *es* la fe?

¿Qué puedo *hacer con* mi culpa?

¿Qué es *la* Trinidad?

¿Qué es *el* Bautismo?

¿Puedo tener gozo *en* mi vida?

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

¿Controla Dios *todas* las cosas?

¿*Cómo puedo desarrollar* una conciencia cristiana?

¿Qué es *la* Cena del Señor?

¿Qué es *la* iglesia?

¿Qué es *el* arrepentimiento?

¿Cuál es *la relación entre la* iglesia y *el* Estado?

¿Estamos en *los* últimos días?

¿Controla Dios todas las cosas?

Traducido del libro *Does God Controls Everything?*,
publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org   ReformationTrust.com
© Septiembre de 2015. Primera edición.

Diseño de portada: Gearbox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías

ISBN para la versión electrónica en MOBI: 978-1-56769-402-4

CONTENIDO